

La suscripción de este diario vale solamente cuatro reales al mes, sin embargo de que tiene mas material, mas sustancia, mas amabilidad que la *Tribuna*, el *Mercurio* i el *Araucano*, que se hacen pagar 20 reales al mes por publicar la defensa de los intereses del Puenlo. La suscripción se pagará adelantada.

EL AMIGO DEL PUEBLO.

BIEN AVENTURADOS LOS QUE HAN HAMBRE I SED DE JUSTICIA, POR QUE ELLOS SERÁN HARTOS.

Los avisos de los suscriptores se publicarán gratis i los demas se insertarán por cuatro reales por las cuatro primeras veces i un real por las subsiguientes. Se admite de valde todo remitido en contra de la tiranía. Las correspondencias de las Provincias vendrán francas de porte. Las de la Capital se remitirán a la oficina del diario.

Imprenta del Progreso plaza de la Independencia, número 32.

EL AMIGO DEL PUEBLO.

VIERNES 13 DE ABRIL DE 1850.

El pueblo lo necesita *todo*, porque *nada* se le ha dado todavía. El pueblo necesita

Libertad,
Proteccion a su trabajo,
Leyes humanas i juzgados que lo atiendan,
Educacion,
Asociacion etc.

Para llegar a la realizacion de esos bienes es necesario el trabajo continuo, la propaganda escrita i hablada; i esta es la mision con que diariamente cumple el partido que lucha contra el poder.

Deber es de todos los buenos ciudadanos ayudar al intento patriótico de la rejeneracion en que se trabaja, i este deber es hoy tanto mas indispensable cumplirlo, cuanto que los hombres poderosos pugnan por sofocar el entusiasmo popular i apagar la primera chispa de la reforma i de la libertad.

Esta es la obra de iniquidad en que trabajan con Montt esos hombres egoistas, que pisotean la dignidad de la República cada vez que ella contraria sus intereses.

Con este fin han tratado siempre de conservar el poder en un círculo de familia mezquino i ruin, compuesto de hombres educados bajo la tienda del soldado i ajenos a la luz de la intelijencia i a los sentimientos delicados del hombre de corazon.

Esa dinastía insoportable i vergonzosa en una República, nos dejará a su caida un código de leyes monstruosas i crueles; una desigualdad de clases escandalosa en el hecho, los restos de barbarie del sistema colonial, como los mayorazjos i la servidumbre constituida de hecho en nuestros campos: esa dinastía nos legará a demas la preponderancia militar sobre el pueblo, la impotencia de las municipalidades para atender a las necesidades de las poblaciones, la mala organizacion de nuestros impuestos i el peso abrumador con que carga el pueblo a causa de ellos: nos dejará ademas una aristocracia vana, impotente, ridícula; pero empeñada en sofocar al pueblo cada vez que este intenta levantarse.

El último representante de esa dinastía cáduca i vergonzosa, es el actual presidente de Chile; i apesar de los gritos de indignacion que los pueblos hacen llegar hasta sus salones, apesar del rastro sucio i torcido que ha dejado él i han dejado sus anteceso-

res en la marcha Administrativa, escuchando siempre una ambicion funesta, aun se esfuerza por elevar al poder un representante más de la oligarquía que nos ha robado la libertad i el adelanto.

D. Manuel Montt apoya tan negro pensamiento, porque sueña ser él ese representante del poder de 20 años, que ha de venir despues a continuar la série de males cuya estincion comienza a entreverse.

D. Manuel Montt, para elevarse al puesto que ambiciona con un fin tan infame, ha formado en su rededor a los que sostienen su marcha, i al amparo de hombres sin mas recomendacion que sus riquezas espera lograr sus planes de dominacion.

Los Gallos, los Ossas, los Garridos, los Mujica, son los sostenedores del nuevo dictador que se levanta; i entre esos apellidos no hai uno solo ilustrado por un servicio a la República, no hai uno solo inscrito entre los de aquellos que nos dieron independencia. Se encuentran si, apellidos manchados con la traicion, con la adulacion, con la fatuidad i con la estupidez.

No son esos los hombres destinados en la actualidad a imponernos su voluntad. El patriotismo, la intelijencia i el sentimiento, han bajado de las alturas del poder as-

FOLLETIN.

EL COLLAR DE LA REINA.

Por Alejandro Dumas.

CAPÍTULO I.

DOS MUJERES DESCONOCIDAS.

(Continuacion.)

Si era un pasante o un curioso, despues de comprobar para sí mismo la soledad de aquel hotel, proseguia su camino; pero si era un vecino; como era mayor el interes inherente a quel hotel casi siempre permanente bastante largo rato en observacion para que acudiese otro vecino a colocarse a su lado, atraido por una curiosidad igual a la suya, i entónces casi siempre se entablaba una conversacion cuyo fondo, si no los pormenores, estan casi seguros de reproducir:

—Vecino,—decia el que no miraba al que estaba mirando,—qué es lo que veis en la casa del señor conde de Balsamo?

—Vecino,—respondia el que estaba mirando al que no miraba,—estoi viendo el raton.

—¡Ah! ¡Me permitis mirar?

I el segundo curioso se instalaba a su vez al agujero de la cerradura.

—¿Le veis?—decia el vecino desposeido al que estaba en posesion.

—Sí,—respondia este.—¡Ah! ¡mucho ha engordado!

—¿Lo creéis así?

—Estoi seguro de ello.

—¡Vaya si ha engordado! Como que nada le mortifica.

—I, digase lo que se quiera, indudablemente deben quedar muy buenos bocados en la casa.

—¡Pardiez! El señor de Balsamo ha desaparecido demasiado pronto para no haber olvidado algo en casa.

—¡Eh! Vecino, cuando una casa está medio quemada, ¿qué queréis que se olvide en ella?

—Bien mirado, muy bien podríais tener razon, vecino.

I despues de mirar de nuevo al raton, se separaban como espantados de haber dielo tanto sobre una materia tan misteriosa i de lieada.

En efecto, desde el incendio de aquella casa, o mas bien de una parte de ella, habia desaparecido Balsamo, no se habia hecho ningun reparo en el hotel i habia quedado abandonado.

Dejémoslo surtir sombrío i húmedo en la noche con sus azoteas cubiertas de nieve i su tejado mutilado por las llamas, ese viejo hotel cerca del cual hemos querido pasar sin pararnos delante de él, como delante de un antiguo conocido; luego, atra-

vesando la calle para pasar de la izquierda a la derecha i alta que se eleva como una larga torre blanca sobre el fondo gris-azul del cielo.

En la cima de esa casa, elevase como un pararrayos una chimenea, i precisamente en el zenith de esta fulgura una brillante estrella.

El último piso de la casa se perderia desapercibido en el espacio, sin un rayo de luz que eurojeece dos ventanas de las tres que hai en su fachada.

Los otros pisos están tristes i sombríos. ¿Están ya durmiendo sus inquilinos? ¿o economizan, metidos bajo las mantas, la vela tan cara i la leña tan escasa en ese año? Como quiera que sea, los cuatro pisos no dan señales de existencia, mientras que el quinto no solo vive, sino que está radiante con cierta afectacion.

Llamemos a la puerta; subamos la sombría escalera que termina en el quinto piso donde tenemos qué hacer. Una simple escala apoyada contra la pared conduce al piso superior.

A la puerta pende una pata de cerbatilla; una estera de junco i una patera de madera son los únicos muebles de la escala.

Abierta la primera puerta, entremos en un cuarto oscuro i desamueblado, es el cuarto cuya ventana no está alambrada, el cual sirve de antecala i conduce a otro cuarto cuyos muebles i pormenores merecen toda nuestra atencion.

Desde el enladrillado hasta el pavimento de madera, véanse puertas toscamente pintadas, tres sillones de madera forrados de terciopelo amarillo, un

encerrarse en los corazones entusiastas que laten en la multitud. Los gobiernos que han de venir, no encontrarán en apoyo de miras despóticas, la inercia i la debilidad del pueblo. Hoy ha prendido en todas las clases la luz de la libertad; hoy ha reaparecido la energía de los pasados tiempos i ese entusiasmo que inspiraba a los hombres la resolución de abandonar la vida, ántes que someterse a la voluntad de un déspota. Si Montt escalase el primer lugar de la república i desde allí pretendiese establecer el imperio de sus tiránicas ideas, Montt i sus sostenedores, se derumbarían de aquella altura i pagarían muy caro sus ambiciosos intentos.

Pero el círculo empeñado en mantener la oscuridad i el absolutismo de los 20 años, no comprende la transición con que el pueblo ha pasado de su indolencia, a una actividad reenergizadora. Ven la agitación, observan el entusiasmo i confían sin embargo en poder ahogarlo, así que tome apariencias más alarmantes.

Ellos se empeñan por arrastrar al pueblo al terreno de las revoluciones, porque aguardan, llegando allí, poder fácilmente sofocar con la fuerza la agitación benéfica de los buenos principios.

Con este pensamiento procurarán día por día, hora por hora, exasperar a los pueblos i arrojarlos al torvellino revolucionario endonde esperan vencerlos. Pero los pueblos no aceptarán ese traidor desafío, porque no necesitan de la revolución para reorganizarse i surgir. Los pueblos saben que una elección popular ha de cambiar pronto la suerte de la república; i es en esos mo-

mentos cuando quieren vencer i confundir a los déspotas.

Si ese santo derecho de elegir fuese atropellado i anulado, entónces, solo entónces llegarían los pueblos a indignarse contra las infamias de sus verdugos; entónces la revolución se haría inevitable i culpa sería ya de los que habían hostilizado hasta deses- perar al león popular.

Los que combatimos bajo la bandera de la reforma resistiremos la revolución i arrojaremos a la degradación pública los nombres de los que pretenden precipitarla.

La dignidad que caracteriza a nuestro partido, el candidato que nos guía, los antecedentes de los hombres que lo rodean, el patriotismo i el desinterés individual, nos harán ser los primeros en detener los impulsos de la agitación violenta i desespe- rada.

Somos revolucionarios; pero conmovemos predicando los santos principios, calmando las malas pasiones, apagando los odios mez- quinos i procurando la libertad i la reforma para nuestros pueblos, sin despreñar las leyes i sin pedir violencias i trastornos.

MONTT i MONTT.

Las horas i los días se suceden sin que una resolución definitiva del Presidente Búl- nes, calme la agitación del pueblo i dis- cipe o asegure de una vez los temores que la crisis ministerial ha hecho nacer.

Esa incertidumbre de don Manuel Búl- nes viene a revelarnos una de estas dos si- tuaciones.

pobre sofá cuyos cojines ondulan bajo sus estir- cos pliegues.

Los pliegues i la flojedad son las arrugas i la atonía de un viejo sillón; joven, rebotaba i acariciaba; de edad madura, sigue a su huesped en lugar de rechazarlo, i cuando se ve venido, esto es, cuando se halla ya sentado en él, rechina.

Dos retratos colgados de la pared atraen desde luego las miradas. Una vela i una lámpara, puestas la una sobre un velador tres pies i la otra sobre la chimenea, combinan sus rayos de manera que hacen de esos dos retratos dos focos de luz.

El primero de esos retratos con toquilla en la cabeza, carilargo i pálido, de ojo mate, barba pun- tiaguda, gorguera al cuello, se recomienda por su notoriedad; es la cara heroicamente semejante de Enrique III, rei de Francia i Polonia.

Al pié se lee esta inscripción trazada en letras negras sobre un marco mal dorado:

ENRIQUE DE VALOIS.

El otro retrato, con un marco dorado más re- cientemente, de una pintura tan fresca cuanto vieja es la del otro, representa una joven de ojos negros, nariz fina i recta, juanetes prominentes i boca cir- cunspecta. Está peinada, o más bien abrumada bajo un edificio de cabellos i sederías, a cuyo lado la toquilla de Enrique toma las proporciones de una topinera al lado de una pirámide.

Al pié de este retrato se lee igualmente en le- tras negras:

JUANA DE VALOIS.

I, después de inspeccionar el apagado hogar, las pobres cortinas de siamesa de la cama cubierta de

de damasco verde amarillo, si se quiere saber qué relación tienen esos retratos con los habitantes de ese quinto piso, basta volverse hacia una mesita de encaña sobre la que, apoyando una mujer su co- do izquierdo i vestida sencillamente, está revisando varias cartas selladas i toma nota de sus sobres- critos.

Esa joven es el original del retrato.

A tres pasos de ella aguarda i mira en una acti- tud entre curiosa i respetuosa una viejecita, de ce- lla de sesenta años, vestida como una duquesa de Gruze.

«Juana de Valois», decía la inscripción.

Pero entónces, si esa señora era una Valois, ¿cómo Enrique III, el rei sibarita, el voluptuoso con gorguera, soportaba, ni aun en pintura, el es- pectáculo de semejante miseria, tratándose no solo de una persona de su raza, sino también de su nombre?

Por lo demás, la señora del quinto piso no des- menta en su persona el origen del nombre que se deba; pues tenía unas manos blancas i delicadas, que calentaba de vez en cuando cruzándose los brazos; pié pequeño, fino i bien aueho, calzado en babuchas de terciopelo muy lindas, i que también trataba de calentar pateando sobre el enladrillado brillante i frío como hito que cubría a París.

Luego, como el viento silbaba por debajo de las puertas i por las rendijas de las ventanas, la don- cella encojida tristemente los hombros i miraba al hogar sin fuego.

En cuanto a la señora, ama de la casa, seguía contando las cartas i leyendo los sobrescritos, ha- ciendo a cada lectura de estos un pequeño cálculo.

—Madama de Misery,—murmuró,—primera

O que no hai un hombre, por más am- bicioso que parezca, con la osadía suficien- te para aceptar un cargo peligroso i difícil al lado de un Presidente egoísta i capri- choso.

O que el general Búlnes no encuentra, entre los que se le presentan como candi- datos a los sillones ministeriales, la persona que pueda servir *esclusivamente* a sus inte- reses, que deba moverse i agitarse a su vo- luntad i que esté dispuesta a sacrificarse por él cuando sea necesario.

El primero de esos dos casos se hubiera realizado a no existir en la República ese bando corrompido i ambicioso, cuyos hom- bres sacrificarán la dignidad i la delicadeza con tal de lograr un puesto en el poder.

La segunda situación era la que hasta hoy había impedido el nombramiento de un ministerio; pero ese mismo partido único i descarado, ha dado un personal que pueda servir a los fines liberticidas de los mez- grados i a los fines *particulares* i *pecunia- rios* del Presidente.

Montt el jefe de ese partido inmoral, ha organizado un ministerio i se han acordado con el Presidente Búlnes en los puntos si- guientes:

En mantener el poder público sobre las bases del despotismo i del exclusivismo.

En hacer imperar la fuerza armada sobre toda razón i todo principio.

En entregar a un pequeño círculo polí- tico los primeros destinos de la nación i con ellos los caudales del Erario público.

En procribir i hostilizar hasta hacerlo desaparecer, a ese sentimiento nacional que

azafata de Su Majestad. De este lado no hai que contar más que seis luises, porque ya me han dado.

I diciéndonlo esto exhaló un suspiro.

—Madama Patrix, camarista de Su Majestad, dos luises.

M. de Ormesson, una audiencia.

—M. de Colonne un consejo.

—M. de Rohan una visita. I trataremos de que nos la haga,—dijo la joven sonriendo.

—De consiguiente tenemos ocho luises asegu- rados de aquí a ocho días,—continuó con el mismo tono, i levantando la cabeza, añadió:

—Señora Clotilde, desdoblada esta vela.

La vieja obedeció i se volvió a su sitio seria i muy atenta.

Esa especie de inquisición de que era objeto pa- reció fatigar a la joven.

—Mirad, querida,—dijo,—si queda algún ca- lo de bujía, i dadmelo. Me incomodan las velas de sebo.

—No hai ninguno,—respondió la vieja.

—Sin embargo, mirad.

—¿En donde he de mirar?

—En la mesala.

—Mucho frío hace por allí.

—¡Calla!... Están llamando!—dijo la joven.

—La señora se engaña,—dijo la vieja testaruda.

—Me lo había parecido, señora Clotilde.

I viendo que la vieja se obstinaba, cedió grufien- do *suavemente*, como hace con las personas que, por una causa cualquiera, han dejado a sus inferiores adquirir sobre ellas derechos que no debieran per- tenecerles.

(Continuará)